

**L**a otra noche cuando volvía de hacer unas compras de última hora vi a una mujer desnuda caminando por mi barrio. Salió de la entrada de un edificio y cruzó lentamente la carretera hasta meterse en un coche aparcado unos metros más allá. Estaba oscuro y creo que ninguno de los otros vecinos que iban y venían ajetreados llegó a fijarse en ella.

Normalmente uno viaja para que le pasen cosas extraordinarias. Esperamos que lejos de la rutina y lo cotidiano empiecen a llovernos las imágenes sugerentes, los espectáculos únicos y las historias dignas de ser contadas. El viaje es una promesa de lo que puede pasar, un tránsito del que eres al que serás, un nuevo comienzo en cada billete de tren o en cada depósito lleno. No importa que sepamos que de las grandes expectativas nunca sale nada bueno: debe haber alguna brigada de neuronas dedicada a hacernos olvidar lo desastrosa que fue la última experiencia. Se trata de salir, de alejarse, de vernos reflejados en los ojos de los otros en un nuevo escenario a ver si así —pobrecitos ingenuos— conseguimos ser algo más parecidos a lo que un día quisimos ser.

Aparecemos en la estación apurando las últimas obligaciones que se acumulan frecuentemente a última hora, cargando un equipaje que siempre es demasiado pesado, con un billete que nos parece un pasaporte a algún lugar exótico. A mí me gusta llegar temprano y saborear, cuando se puede, las ventajas de una estación término, buscar el asiento entre las filas vacías del vagón y esperar a que vayan llegando el resto de pasajeros, las historias por ocurrir y las caras para olvidar y recordar. Me siento como cuando voy a empezar una exposición, entre la excitación y el

temor ante los lienzos en blanco, lleno de ideas y dudas, apasionadamente confuso y sin saber si mi pata de palo será la del capitán Ahab o la de Pinocho, si el viaje me traerá gloria u oprobio, mar en calma o tempestad, algo nuevo o tan sólo más de lo mismo.

El tren te permite moverte, de la cafetería a tu asiento, de las conversaciones al aislamiento, enterrarte en un libro o agarrar una buena cogorza, que es otra manera de viajar dentro del viaje. Y los recuerdos del hasta hace un rato, aún estando presentes, empiezan a dejar paso a las premoniciones.

Arrastro un tiempo las pinceladas de la anterior serie de obras, los cabos sueltos dejados sin amarrar, los vicios y las formas del pasado reciente, pero de entre la niebla y el hollín empiezan a vislumbrarse las nuevas estaciones, unas pasando muy deprisa y otras en las que el jefe de estación parece recrearse y que te permiten entusiasmartte por un efecto de luz contra el muro, con un reloj detenido, o una presencia fugaz e inolvidable. Empieza a ser menos importante el porqué y el para qué y te haces uno con la velocidad y el ronroneo del monstruo en los raíles. Pasa el sol de un lado al otro y vas pasando pequeñas fronteras provinciales, regionales, nacionales, líneas horarias, del calendario, hojas rotas y lienzos amontonados. A un cuadro sigue otro cuadro, otro dibujo, otra página del libro y el cuerpo empieza a acartonarse, a presentir el destino, se empiezan a remover los pasajeros en sus asientos, repasan el equipaje...

Cuando por fin empieza el tren a parar hace ya rato que hemos ido viendo las casas de nuestra ciudad de destino, han empezado ya las desilusiones y las emociones, el inquietante vaivén de nuestras ansiedades a las certezas. Pero ahí está el rótulo de la estación y un suelo que ya es real y no está de hecho de la materia de los sueños, un olor, un sonido, una gente con nombre y apellidos. Ahí están esos cuadros, con título, técnica y medidas, unos mejores que otros, unos que defraudaron expectativas y otros que se repusieron a las terribles cartas que les mandó el destino, unos que serán adoptados y otros que quedarán huérfanos, en tierra extraña.

Normalmente uno pinta para que le pasen cosas extraordinarias. Aunque lo malo, también lo bueno, es que nunca sabes cuándo saltará la liebre, caerá una estrella o te chafará los sesos algún suicida. En los muchos viajes que he hecho nunca había visto salir una mujer desnuda de un portal y tranquilamente entrar en un coche a la vista de todos e ignorada por todos, como un espectáculo tan sólo para mí. Es por eso que procuro salir a la calle cada día como si fuera a coger el talgo Cartagena-Montpellier, como si iniciara el viaje a Ítaca del que no volveré en muchos años o como si ese pequeño cuadro que acabo de empezar fuera a ser el único por el que seré recordado en los tiempos venideros.

Charris